

«cine» muestra en cuanto instrumento la triste orfandad del puro utensilio. El «cine» resulta, según esto, un signo de civilización en cuanto tal porque quizás la neutralidad ante una axiología de la cultura define mejor que nada lo civilizado, que podría determinarse como cultura huérfana u orfandad cultural.

La neutralidad e indiferencia ante la cultura potencian en el «cine» lo que hay en él de mero «continente» y forma recipientaria. Se presta y adapta a todos los contenidos. Más que cualquiera otro fenómeno de civilización se caracteriza el «cine» por su general neutralidad. La explicación de esta singular circunstancia hay que buscarla en la falta de subsuelo histórico de cinematógrafo. Otros fenómenos que pudieran considerarse de civilización se escapan del área aséptica de lo indiferenciado para matizarse del sentido de la cultura en cuyo seno han nacido y se han desarrollado. Por ejemplo la imprenta, que pudiera verse como mero continente o técnica, se ha vinculado de tal modo a las culturas nacionales europeas modernas que forma parte de las mismas como uno de sus elementos más valiosos. El ingrediente formal apenas si tiene significado por su servidumbre al contenido. Pero el caso del «cine» es distinto. No hay una tradición cultural francesa o norteamericana que se haya desarrollado paralelamente al «cine» y que haya vencido su peculiar neutralidad. La falta de subsuelo histórico acentúa el desarraigo y orfandad del «cine», que aparece como una *entidad sin compromiso histórico*. La comparación con el teatro resaltará esta singularísima condición del «cine». El teatro no es signo de civilización sino de cultura, sólo por un esfuerzo de abstracción se le puede considerar como mera forma. Actúa tras de él un mundo de contenidos culturalmente diferenciados; el subsuelo histórico del teatro muestra la vigencia y sentido a su actualidad histórica. El espectador teatral se pone en contacto con determinada cultura

